

Una mujer de carácter. Juliet Nicolson, bisnieta de Josefa Durán, va a contar en su libro de memorias parte de las andanzas de la bailaora del XIX, una mujer que enamoró a los hombres de medio continente y que tuvo una polémica relación con un diplomático inglés. La historia de la gitana que salió de un barrio malagueño humilde para codearse con la aristocracia

Pepita de Oliva: la malagueña que embrujó a Europa

► Una nieta de la artista, Vita Sackville-West, fue amiga íntima de Virginia Woolf

Víctor A. Gómez
MÁLAGA

@victoragom



■ Es de sobra conocida la historia de Anita Delgado, la maharání de Kapurthala, pero no es la única malagueña que desató las pasiones de hombres casi omnipotentes gracias a su arte seductor. Josefa Durán, Pepita de Oliva de nombre artístico, permanece hoy sepultada por el olvido pero esta bailaora de carácter que nació en un barrio humilde de Málaga en 1830 enamoró a media Europa en sus escasos 41 años de vida y dio a luz a la madre de una mujer, Vita Sackville-West, que, dicen, fue la inspiración y algo más de Virginia Woolf para su mítico *Orlando*. Una de las bisnietas de Durán, Juliet Nicolson, escribe estos días un libro de memorias, *A daughter life -La vida de una hija-*, en que recuperará la apasionante historia de esta saga, empezando por las andanzas de una malagueña imborrable.

A mediados del siglo XIX, Pepita de Oliva, nacida en una humilde familia gitana, era todo un ídolo -se hacía acartelar como La Estrella de Andalucía-, triunfaba en toda Europa. Cuentan de su estancia en Praga que no podía regresar al hotel tras sus actuaciones: la policía apenas lograba protegerla ante las frenéticas muestras de simpatía; hasta se le puso un nombre a esta pasión:

Delirium Pepitatorium. Incluso su prenda, su estilo al vestir, caló en la sociedad checa: todavía hoy allí se llaman *pepitahosen* a unos pantalones que solía usar la malagueña en sus presentaciones.

Una noche, tras una actuación en Stuttgart, a la salida del teatro los espectadores desengancharon los caballos del coche y, con ella montada, lo arrastraron ellos mismos triunfalmente por la ciudad. Uno de esos fans enardecidos era Lionel Sackville-West, secretario de la Embajada de Inglaterra en Alemania y todo un lord; fue el único que consiguió el amor de la malagueña. Pero ella estaba casada: Josefa se había unido tiempo ha con su maestro, Juan de Oliva, de quien pronto se separó aunque sin divorcio de por medio. No fue un impedimento para su relación con Sackville-West, que le compró un hotel en Archachón (Francia) para que ambos vivieran su amor sin problemas ni cortapisas. El barón rebautizó aquel lugar como Villa Pepita.

Allí residieron tranquilamente con los seis hijos que tuvieron, ninguno de los cuales fue considerado legítimo ni registrado como



Arriba, ilustración de Josefa Durán por Adolph von Menzel; abajo, una pieza de cerámica que retrata a la malagueña y a la derecha, un grabado de la bailaora. LA OPINIÓN

tales puesto que Juan de Oliva todavía vivía por aquel entonces. Y en aquella villa murió la malagueña, allí, en sus románticos jardines, fue enterrada; una lápida que-



da como testigo: «Aquí yace Josefina, condesa de Sackville».

La historia ya la escribió Vita Sackville-West, nieta de Pepita, miembro del Grupo Bloomsbury y una valiente lesbiana en tiempos de corsés morales, en un libro que hoy sigue siendo la referencia indispensable, titulado sencillamente *Pepita*. Vita se basó

En Praga era casi imposible para la malagueña regresar a su hotel tras una actuación por sus enfervorizados fans

Los hijos de Sackville y Pepita no fueron reconocidos como legítimos; ella no se divorció de su primer marido

en las pesquisas de un detective contratado por su hermano mayor, Henry, empeñado en demostrar su legitimidad como hijo para poder reclamar un título nobiliario; el investigador privado viajó a España y llegó a Málaga para buscar las huellas de Josefa Durán. En eso mismo, en dar pasos hacia atrás, está también Juliet Nicolson.

